

23 de marzo 1979

Mercedes, Merceditas:

Me entrevisté con Damiana. La rosita susurró inesperadamente: «Amo a Lucia». Al oír tal, sentí que mis ideas y representaciones sufrían cataclismo. En unos segundos, ambas bolleras se transmutaron objeto de mi desinterés, huyeron y «abandonaron mi alma», enclaustrándose en una «trivialidad sellada» y desapetecida por mi voluntad y mi concupiscencia de saber.

Si Damiana hubiera declarado que Lucía le atraía, le gustaba, o le arrastraba con ardor, mi ánimo se habría irritado, con ella en el infierno. Pero, al manifestar que amaba a Lucía, me expulsó del averno en el tiempo de un soplo.

Trataré de explicarte por qué ha sucedido tal:

La frase «amo a Lucía», puesta precisamente en boca de una mujer, no es descriptiva ni universal, nada expresa. Por carecer de contenido, resulta paradójicamente irrefutable y desprovista de interés. Manifiesta sencillamente la gratuidad de lo individual; equivale a decir: «Admiro mis pies». Si mi tríbada hubiera confesado que Lucía le arrebatava irremediable, habría mostrado lo real, como pasión, y yo habría tenido participación en ello, objetándolo o infernándolo. Más, al comunicar algo tan arbitrario e infundado, la palomita se desposeyó de propiedad, y dejó de ser mundo, incluso como tortillera. ¿Cómo vamos a odiar lo que no es real?

Acaece el infierno, entre dos personas, cuando sus verdades se mezclan y contradicen. Damiana poseía ventanas por donde yo penetraba en su verdad y generaba el averno. Mas, al pronunciar la frase que comento, la azucena cerró las ventanas y transformóse irreal. En ese instante, sus actos y palabras se convirtieron, para mí, cosa tonta, cuya significación desinteresa. Sostener: «Lucía me atrae», puede parecer terrible, cuando lo dice una mujer. Pero susurrar: «Amo a Lucía», es nada. Al observar esa nada, perdí y olvidé a Damiana, sumergida en su oquedad, tragada en su abismo.

He leído, no ha mucho, el relato que una mala escritora, Anaïs Nin, transmite de sus amores lesbianos. Dice la tribada literaria (yo reformo y preciso su semántica y sintaxis, para que no desluzcan esta carta): «No duermo, pensando en June»... «Tiemblo al contemplar el escote de June»... «Regalé a June unas sandalias, le doné mi pañuelo, mis pendientes, mis pulseras»... «Me transporta el gozo cuando imagino a June»... «Me glorío de pisar las calles con June, los cuerpos juntos, las manos enlazadas»... «La belleza de June me embriaga»... «Maravillosa, maravillosa, maravillosa June»... «Nunca me separaré de June»... «Ardo ante June»...

Esta palabrería, que exclama, pero no muestra ni prueba, pertenece al tipo de afirmación enunciada por mi Damiana: «Amo a Lucía». La fábula de la escritora nos aburre, por demasiado individual; ni siquiera resulta una extravagancia, sino una tontuciería. Igual ocurre con la historia de Damiana y Lucía. Nuestro desinterés es tan vivo que no quiere, siquiera, preguntarse por el significado de cuanto las mujeres dicen y cantan. Escribir: «La belleza de June me embriaga», es como espetar: «bla-bla». La sentencia devendría idéntica si cambiáramos el verbo, y leyéramos así: «La belleza de Felisa me turba». O también: «La belleza de Felisa me sana». Cuando se narran sensaciones tan elementales, propias, individuales y poco elaboradas por el espíritu, que aquí no actúa de mediador, el mundo desacaece. Por eso sostengo que mi Damiana ha desacaecido para mí.

¡Qué diferencia entre esas exclamaciones de la citada escritora y las palabras de Teresa de Ávila! Esta describe, muestra y prueba. También tú, Mercedes, describes, muestras y pruebas: revelas el mundo como tú misma, propiedad y realidad. Escucha este decir de Cecilia, mi personaje, que eres tú, y compáralo con el decir de Anaïs Nin: «No considero la tristeza como desgracia acaecida, sino como paisaje y condición de la vida. A la vista de la Creación en general, del entorno particular, de la reflexión abstracta, o del análisis de factores concretos, no hay causa para la alegría, a no ser el motivo de tu existencia. ¿Dónde está el otro, que no es mundo, y me defiende del mundo? Si me asistes, en la tristeza, el miedo se repliega; pero si me desasistes, recobra su arrogancia, y el día ocurre como agresión y amenaza. Los espíritus hablan en gremios» (página 58).

Y también: «¡Qué nada soy! ¡Cuánto anhelo todavía una mirada! ¿Quieres volver a mirar los ojos que te miraron y miran para que seas testificado? ¿Quieres tornar a

escuchar la voz que te habló y habla con modulación nunca repetida? ¿Estás desfallecido?, ¿estás cansado?, ¿estás triste? ¿Quieres venir a mí? ¡Ven a prisa! Si mi esfuerzo no lograra rescatarte de la zozobra y la ansiedad que te corroen, sentiría que mi vida ha carecido de fin y de sentido. Pues, si no puedo reenamorarte, ¿para qué sirvo?, ¿para qué vivo?

Estos párrafos de Cecilia hablan de amor. También quiere hablar de amor Anaïs Nin. ¿Dónde está, pues, la diferencia entre las dos? Pues, sencillamente, en que las sensaciones de Cecilia han sido elaboradas por el espíritu, que las ha convertido en acaecencias universales, mientras las sensaciones de Anaïs Nin aparecen elementales, totalmente arbitrarias, individuales: son pura inmediatez. ¿Recuerdas que Cassirer decía algo parecido al hablar de la diferencia entre un artista y un sentimental que escribe?

Te repetiré que la sensación elaborada por la mediación del espíritu, se transforma descripción, mientras que la no elaborada queda en exclamación, por ejemplo: «Cuánto amo a June, cuánto, cuánto» ¿Has entendido? La respuesta del lector tiene que ser así: «Pues siga usted amando a June, mujer, sígala amando».

Tenme contigo:

Miguel